

**Nino Quevedo,  
entre  
el cine y la  
novela**

El nombre de Nino Quevedo está sonando con fuerza. Su mediodía, «Crónica en negro y oro», participará en el Festival de Venecia representando a España por decisión de la dirección del certamen. Ya sonó mucho, hace nueve años, cuando su novela «La noche sin estrellas» quedó finalista en el Nadal. Luego se hizo un largo silencio, y Nino preparó con tranquilidad sus obras «La cárcel», «La ceniza y el viento» y «La sentencia». Madrileño, de ascendencia santanderina, licenciado en Derecho y con estudios de Filosofía, terminó por dedicarse profesionalmente al cine; primero en una empresa publicitaria de gran envergadura; después, por su cuenta, como productor ejecutivo de cuatro películas, entre ellas, dos de amplia resonancia: «La tía Tula» y «La busca». Como realizador, además del mediodía que irá a Venecia, ha filmado otro y cinco cortos más.

QUEVEDO.—Al margen de mi dedicación cinematográfica, preparo una novela que aún no tiene título, pero me gustaría llamarle «Génesis». No creo que esté lista antes del final de año. Quiero relatar el proceso de formación de un hombre de nuestra generación. Nosotros no hemos hecho la guerra, pero ésta nos restó innumerables oportunidades. Maduramos con lentitud, tanteando el terreno. Tropezamos con muchas puertas cerradas, nuestro horizonte era muy limitado. En este punto de mi vida vuelvo la cabeza y veo detrás de mí avanzar a dos generaciones que me llaman viejo. El trasfondo de la novela es éste.

—Novela autobiográfica, entonces.

QUEVEDO.—Todas las novelas son en alguna medida autobiográficas. La imaginación tiene que operar con datos de la experiencia; de lo contrario, la obra perdería su validez.

—¿Como te hiciste novelista?

QUEVEDO.—Especé a los catorce años, relatando historias que sólo yo leía después; novelista precoz, pero sin lectores. Cuando ingresé en la

Universidad, elegí un sitio propicio para el estudio: el Ateneo. Iba todos los días y hacía codos con el Derecho Civil de Castro. Aburrido, un día descubrí a Proust. Fue una gran revelación; mi inicial vocación para la literatura se vio reactivada por este encuentro. Y me lancé a escribir. Un cuento mío, «El repatriado», ganaría el Premio Sésamo el año mil novecientos sesenta.

—Eras, entonces, hombre de grupo.

QUEVEDO.—Ni entonces, ni ahora, ni nunca. Frecuentaba, en los últimos años cincuenta, una tertulia que se reunía en La Granja de la calle de Infantas, y que luego pasaría por otros cafés. Me condujo hasta ella Manolo Suárez, el Juan Cesarabea del Premio Triunfo. Allí conocí a Ferrer, a Salinas, a Zúñiga, a Bernabéu, a López Pacheco y a otros muchos escritores que entonces arrancaban. Alguien me clasificó en seguida y me colocó una etiqueta, sin saber verdaderamente cómo pensaba yo ni cuál era mi noción de la novela. Pero creo, lo digo con sinceridad, que no he sido ni soy hombre de grupo en materia de literatura.

—¿Has cambiado mucho desde aquel tiempo?

QUEVEDO.—He cambiado yo y ha cambiado la realidad. Ahora soy mucho menos metafísico y mucho más realista en todo. La novela se hace, hoy, de otra manera, porque viene de una realidad diferente y ha de volver a ella. Sin embargo, creo que «La noche sin estrellas» es una obra muy actual, al cabo de nueve años, seguramente por el procedimiento que utilicé para escribirla. Es una novela-guion de cine. Hasta tal punto puede considerarse así, que he recibido, y sigo recibiendo, infinitas propuestas para filmarla. Por lo demás, me parece que sigo siendo realista, aunque de otro modo. Un realismo a tono con este tiempo.

—¿En qué terreno expresivo te encuentras más a gusto, en el cine o en la literatura?

QUEVEDO.—Me parece que el cine y la novela están a la misma altura expresiva. Me muevo con la misma comodidad en los dos planos. No comprendo por qué los hombres del noventa y ocho desprecian el cine.



—No sólo el cine, sino todo lo que compuso su contexto: la historia, que dio un enorme salto y no se enteraron; la ciencia y la técnica, con sus tremendos avances; el arte mismo... Quisieron ignorarlo todo.

QUEVEDO.—Como hombre con determinadas inquietudes y preocupaciones, yo me rea-

lizo lo mismo en la novela que en el cine. Ciertamente la novela es más del autor, mantiene hasta el final del proceso su condición de obra individual, mientras que el cine es más frío. Matices solamente. Ahora mismo, Elia Kazan ha escrito una novela prodigiosa, «El compromiso», y la ha vertido al cine con enor-

me talento. No hay contradicción entre ambos oficios.

—En tu obra cinematográfica última, ¿has querido dar una imagen de España?

QUEVEDO.—Es un documental de cuarenta y dos minutos de duración sobre la fiesta de los toros: el desarrollo de una corrida, con sus detalles más significativos, a algunos desconocidos hasta del mayor aficionado. Completan el relato, en «off», tres entrevistas; con el torero «Serranito», un novillero y un picador. Las respuestas de «Serranito» son emocionantes. Le pregunté: «¿Cuál crees que es la mayor caladidad humana es ser pobre?».

—¿«Crónica en negro y oro» irá, pues, a Venecia?

QUEVEDO.—La ha visto el director del festival, Ernesto G. Laura. Le ha gustado y la ha seleccionado. Por lo pronto, ajura se está vendiendo bien. Los más recientes comprado-

**El «misterioso B. Traven»**

**De la clandestinidad a «El tesoro de Sierra Madre»**

El presentador de «El tesoro de Sierra Madre» en la televisión española, ciclo Bogart, aludió al autor de la novela —y del guión para John Huston— como «el misterioso B. Traven». Parte del misterio de B. Traven se ha develado ya, tras su muerte en México en marzo de 1969; otros misterios persisten. Durante años, la identidad real del autor de novelas de éxito mundial como «El tesoro...» o como «La nave de los muertos» ha obsesionado a reporteros, críticos y especialistas en literatura. Se dijo que era el Presidente de México, López Mateos; que era una «segunda vida» de Jack London; un negro americano, un leproso, una mujer; que era un huido de Alemania llamado Ret Marut. Se ha sabido que Traven fue, efectivamente, Ret Marut, pero que este era un seudónimo también, que utilizó en Alemania en la época de la primera guerra mundial; escritor espartaquista, condujo una lucha clandestina junto a Rosa Luxemburgo y dirigió el periódico «Der Ziegelbrenner». Pero tenía más vidas. Con el nombre de Torvan actuó como fotógrafo; con el de Hal Croves, actuaba como representante de sí mismo es decir, de B. Traven; y negoció con John Huston los derechos de «El tesoro de Sierra Madre». Se sabe que nació, «por accidente», en Chicago en 1890, que fue educado en Inglaterra y en Alemania, que su documentación estaba a nombre de B. Traven Torvan, pero que éste no era su verdadero nombre, que se ignora totalmente (se ha aventurado la idea de que era un hijo natural

del Kaiser Guillermo II). Hablaba ocho idiomas y varios dialectos indios; escribía en español, alemán e inglés. En 1957 se casó con una divorciada mejicana, Rosa Elena Luján, treinta años más joven que él; es actualmente la única heredera de sus derechos. Ella misma no supo nunca su verdadera identidad: se liberaba del problema de los nombres llamándola, simplemente, «Querido». Cuando murió tenía setenta y ocho años y nacionalidad mejicana.

En estos momentos se ha estrenado una nueva película basada en una novela de Traven, «El puente en la jungla», dirigida por Pancho Kober, en el que John Huston interpreta un papel muy parecido al que su padre representó en «El tesoro de Sierra Madre», y probablemente habrá comenzado el rodaje, en Roma, de «La nave de los muertos», cuya primera versión fue rodada por la UFA, en Alemania, antes de la guerra. Es posible que durante el invierno aparezca una edición de los libros y escritos revolucionarios de Traven, en su época espartaquista, cuando utilizaba el seudónimo de Ret Marut.

Pero el fondo de su clandestinidad probablemente no se sepa nunca. El motivo debía ser muy importante cuando no lo reveló ni en el momento de su muerte. Su viuda dice que en los últimos años el cambio continuo de personalidades se debía, sobre todo, a un jueque. «Era una manera de gastar energía. De otra forma, las cosas hubieran sido demasiado fáciles».

■ PABLO BERBEN.